

dente: porque los pecados contra la caridad son aquellos con los cuales más fácil y ordinariamente nos formamos una falsa conciencia, una conciencia poco exacta, una conciencia según nuestras miras, según nuestros desig- nios, según nuestras inclinaciones, según nues- tras antipatías. Y nada hay más expuesto á ilusiones que nuestras miras y nuestras ideas particulares, nuestras antipatías y nuestras in- clinaciones naturales. Porque el artículo de la caridad es en el que más nos alucinamos, y en el que hallamos más especiosas excusas para justificarnos, aunque seamos muy crimina- les. Y aun llega á suceder que se proclaman virtudes las acciones, los sentimientos, las conversaciones en que más visiblemente se ofende á la caridad. So pretexto de celo por la gloria de Dios, celo por la salvación de las al- mas, celo por la verdad y la pura doctrina, vo- mita la maledicencia todo género de ofensas y calumnias; y lejos de arrepentirse, se alega todo eso como un mérito ante Dios y un título de gloria ante los hombres.

»III. *Si no amo á mi hermano soy homici- da: ¿y de quién? De mí mismo, de la caridad y del prójimo. De mí mismo, puesto que mato mi alma con una de las más mortales heridas que pueda recibir. De la caridad, porque des- truyo, en cuanto de mí depende, este princi- pio de toda sociedad: de la sociedad humana, de la sociedad cristiana, y, sobre todo, de la sociedad religiosa. Del prójimo, puesto que, en cierta manera, le doy muerte en mi corazón, en donde debería vivir y en donde yo debería*

llevarle. El que sepa penetrarse bien de todas estas verdades, ¡oh, cuán responsable se ha de hallar ante la justicia de Dios, de Dios au- tor de la caridad, que debe un día tomar en sus manos la causa del prójimo y vindicar sus intereses!»

ARTÍCULO 2.º

Carácter del amor debido al prójimo.

Si la palabra *docilidad* encierra en sí sola todos los caracteres que debe tener *el amor de Dios*, hay también una palabra que resume los caracteres del *amor al prójimo: la abnega- ción.*

I

Naturaleza de la abnegación.

La abnegación es darse á sí mismo por el bien y utilidad de otro.

La abnegación es el sentimiento que experi- mentaba san Pablo cuando decía: *Heme aquí dispuesto á dar por las almas todo lo que soy y todo lo que tengo* (1). *¿Quién de vosotros padece con quien yo no padezca* (2)? *Heme hecho todo para todos, á fin de ganaros á todos para Je- sucristo* (3).

La abnegación es poner en práctica á cada

(1) II á los Corintios, cap. XII, vers. 15.

(2) II á los Corintios, cap. XI, vers. 29.

(3) I á los Corintios, cap. IX, vers. 19.

instante aquellas palabras de Jesucristo: *No he venido para ser servido, sino para servir* (1).

Es estar á todas horas, como Jesucristo en el Tabernáculo, á disposición de todos.

Es suspirar, como El, por el momento de poder dar la vida por los demás, y esperando esta hora, que rara vez llega para nosotros, dar, según la medida de los deberes individuales, la inteligencia, el tiempo, la influencia, las riquezas, la salud, el ser todo entero.

«La abnegación, dice el P. Lacordaire, es la inmolación de sí mismo, y el que no llega hasta este punto no ama. En consecuencia, el que ama se sacrifica (2).»

(1) San Mateo, cap. XX, vers. 28.

(2) Si no experimentáis de una manera sensible aquellos sentimientos que hacen olvidar todas las fatigas y todas las penas, y que el autor de *La Imitación de Cristo* tan bien describe con un lenguaje que nadie ha sobrepujado (lib. III, cap. V), *no os turbéis*; estos sentimientos no son necesarios para cumplir la ley de la caridad.

La abnegación reside en la *voluntad*. La *voluntad* es la que dominará vuestras naturales antipatías y pondrá vuestras facultades y vuestros miembros al servicio del prójimo.

La *voluntad* dirigirá vuestras manos para asistir á vuestro prójimo enfermo, en el cual os hara ver á un hijo de Dios.

La *voluntad* inspirará vuestras palabras y las hará compasivas, fuertes, luminosas, según la necesidad que tenga el prójimo de compasión, de socorro ó de luz.

La *voluntad* sostendrá vuestra abnegación contra el fastidio, el disgusto, la ingratitud, y le infundirá constancia, porque esa voluntad será fortalecida por la palabra y las promesas divinas.

El alma que se sacrifica y no experimenta ninguno de esos sentimientos de simpatía, de amor, de piedad, que

He aquí la idea que de la *abnegación* se forma todo cristiano, y sobre todo la religiosa; la idea que cada uno de nosotros encuentra sencillamente en el fondo de su alma, cuando esta alma se ha conservado pura ó ha recobrado su inocencia mediante la penitencia; mas para darse, para sacrificarse así, no sólo por *tal persona* ni en *tal circunstancia*, sino *siempre, por todos y en todo*, ya se comprende que en el estado actual de nuestra naturaleza, maleada por el pecado original y debilitada por los pecados actuales, se necesita el auxilio de una *gracia especial*.

No cabe duda que Dios ha derramado esta gracia en todas las almas, porque á todas ha impuesto este precepto: *Amarás á tu prójimo*, y Dios no manda nada sin dar todo lo que es necesario para cumplir su mandamiento; pero se puede decir que *las personas consagradas á Dios por los votos de religión*, que se han ofrecido especialmente para ser en sus manos divinas *los instrumentos* de su inagotable bondad para con los hombres; *los representantes* de su misericordia; *los continuadores* de la obra empezada por Jesucristo, se puede decir, repetimos, que estas almas han recibido más abundantemente la gracia de la *caridad con el prójimo*.

sostienen y fortifican, padece mucho sacrificándose. Pero que no se canse, que continúe y espere. Dios le ha prometido una recompensa que excederá á todas las recompensas de la tierra: *Yo, tu Dios, seré tu recompensa*, ha dicho el Señor. Por lo demás, es raro que, aun aquí en la tierra, Dios no dé á probar las delicias de la abnegación.

Puesto que deben ser *los auxiliares* de Dios, y en cierta manera ocupar su puesto, ¿no les había de dar Dios, que es esencialmente caridad, una parte inmensa de lo que constituye su ser divino?

Así, pues, la abnegación es la atmósfera de las casas religiosas; allí han entrado todos llevados del deseo de darse á Dios y al prójimo; allí se practican todos los ejercicios por este espíritu de abnegación; allí se sufren todos los padecimientos con abnegación. La abnegación sostiene en los pesares del alma, alivia en las fatigas corporales, anima á sufrir con paciencia los dolores físicos y morales. A los ojos de la fe no puede concebirse una casa religiosa en donde no se ame entrañablemente á Dios y al prójimo, y en donde, sobre todo, no haya caridad fraterna en grado eminente.

II

Objeto, motivo y medida de la abnegación.

1. *El objeto* de esta abnegación es toda criatura capaz de conocer á Dios, de amarle y glorificarle en el cielo; y para con esta criatura la abnegación debe encaminarse, sobre todo, á *hacer bien á su alma*; todo cuanto se hace en favor del cuerpo ó de la inteligencia no es más que un medio de llegar hasta el alma. «Desde el momento que nosotros, que queremos santificarnos por el amor, amamos, dice el P. Lacordaire, queremos salvar al alma que amamos, es decir, darle, aun á costa de nuestra vida, la

verdad en la fe, la virtud en la gracia, la paz en la redención, á Dios en fin, á Dios conocido, amado, servido.»

Este es el objeto general de la abnegación; pero, como hemos dicho ya, la abnegación de la religiosa tiene *un objeto especial*, que es *su comunidad, sus hermanas*.

¡Su comunidad! Por ella, y por las obras á que se dedica, debe la religiosa emplear toda su actividad, todas sus fuerzas, toda su inteligencia, toda su habilidad.

¡Sus hermanas! Por ellas, para aliviarlas y para santificarlas, debe la religiosa gastar todos los tesoros que Dios ha puesto en su corazón.

2. *El motivo y el fin* de esta abnegación es Dios, siempre Dios, nada más que Dios. «No es malo, sin duda, escribe san Francisco de Sales, el amar á otro *porque nos hace bien ó porque vemos en él buenas prendas*, con tal que le amemos más en atención á Dios que por estos motivos humanos; por eso, cuanto menos le amemos por sus prendas naturales, tanto más puro y perfecto será nuestro amor. Este puro amor no se opone á que podamos amar á ciertas personas, como á nuestros padres, á nuestros bienhechores, á los que son virtuosos, más que á los demás, cuando *esta preferencia nace de la mayor semejanza que estas personas tienen con Dios*, y porque *Dios así lo quiere.»*

El capítulo primero del Evangelio de san Juan nos expone con claridad y precisión *los diferentes motivos* que pueden dirigir nuestros pensamientos y nuestras acciones. Estos moti-

vos son cuatro: *el temperamento ó carácter, la pasión, la razón, la gracia* en fin, que por sí sola nos hace merecer el cielo, haciéndonos *hijos de Dios* por toda la eternidad. *Los hijos de Dios*, dice, *son los que no han nacido de la sangre*: he aquí el temperamento; *ni de la voluntad de la carne*: he aquí la pasión; *ni de la voluntad del hombre*: he aquí la razón; *sino del mismo Dios*: he aquí la gracia (1). Y el mismo Apóstol enseña que por el amor de caridad se conocen los verdaderos hijos de Dios: *el que ama ha nacido de Dios....., porque Dios es caridad* (2).

(1) San Juan, I, 13.

(2) I San Juan, IV, 7.—La aplicación de este principio es fecundo en enseñanzas prácticas. A la vista de un pobre cubierto de llagas, os enternecéis y tenéis compasión. ¿Qué amor es ése? *Amor puramente natural*, que proviene de vuestro temperamento y que os causaría las mismas emociones por un animal si le vierais padecer; ese amor no tiene mérito, porque el mérito para la eternidad no ha de venir de la sangre: *non ex sanguinibus*. Amáis á una persona porque os gusta, porque es graciosa y amable; amáis á otra porque os es útil ó esperáis de ella algún provecho. ¿Qué amor es éste? *Amor de concupiscencia*, y, por consiguiente, sin mérito, porque el mérito para la eternidad no viene de la carne: *non ex voluntate carnis*.

Amáis á una persona porque es honrada, inteligente, virtuosa; á otra porque os ama y es de vuestra familia. ¿Qué amor es éste? *Amor bueno sin duda, pero inspirado por la razón humana*, y, por consiguiente, sin mérito en sí mismo, porque el mérito para la eternidad no debe venir de la razón del hombre: *non ex voluntate viri*.

¿Cuál es, pues, el amor meritorio? *El que procede del corazón por obedecer á Dios, en unión con Dios, por Dios*. Una alma piadosa decía: *No puedo amar sin poner á Dios*

3. La medida de esta abnegación la indica Jesucristo: *Amaréis al prójimo como á vosotros mismos*, lo cual explica así santo Tomás: *no tanto como á vosotros*, sino con un amor semejante al que os tenéis á vosotros mismos; y para hacernos comprender la extensión y el sentido de este mandamiento, dice: *Hacedle todo lo que quisierais que os hiciesen á vosotros* (1). *No le hagáis lo que no quisierais que os hiciesen* (2), había dicho antes Tobías á su hijo. Reglas llenas de sabiduría y de luz; reglas comprensibles á todas las inteligencias; reglas grabadas por Dios, desde el principio, en el alma del hombre, y aplicables á todas las circunstancias de la vida.

Queremos que todos se compadezcan de nuestros padecimientos, que soporten nuestros defectos, que nos ayuden en los trabajos, que nos reciban con bondad y nos hablen con dulzura.

Queremos que nos estimen y nos amen; que se acuerden de nosotros y nos atiendan; que sean agradecidos y buenos para con nosotros; que se oculten nuestros defectos y que oren por nuestra alma.

He aquí la medida de nuestra abnegación para con el prójimo.

Sentiríamos mucha pena si nos viéramos per-

entre mi corazón y el corazón de aquellos que amo. He aquí el amor que es meritorio para la eternidad, el amor que nos hace hijos de Dios: *sed ex Deo nati sunt*.

(1) San Mateo, VII, 12.

(2) Tobías, IV, 16.

seguidos, injuriados ó despreciados; nos resentiríamos si supiéramos que se habla mal de nosotros, que se interpretan mal nuestras acciones, que se procura perjudicarnos en la estimación de los demás, ó tan sólo que se nos olvida y se nos desprecia, que para nada se cuenta con nosotros.

He aquí lo que jamás debemos permitirnos con los demás.

Pero esta conducta para con el prójimo, si ha de ser *meritoria*, debe estar inspirada en el amor que debemos á Dios; á Dios, á quien obedecemos amando así; á Dios, á quien amamos amando así.

Jesucristo da otra medida para nuestra abnegación: *Amaos*, dice, *como yo os he amado*. ¡Ah! Si las primeras palabras se dirigen á todos los fieles, éstas, sin duda, dichas también para todos los cristianos, ¿no se dirigen más especialmente á los religiosos, á los que han sido escogidos para formar parte de la familia de Jesucristo y que toman á cargo el darle á conocer y, en cierta manera, reemplazarle? Vamos á indicar solamente lo que ha sido para nosotros la caridad de Jesucristo; más adelante diremos cómo debemos amar para amar como El.

La caridad de Jesucristo ha sido, sobre todo, *generosa*, puesto que lo ha dado todo, hasta la última gota de sangre.

Ha sido *universal*, puesto que se ha extendido por todo el mundo; y si alguna vez se ha mostrado más particular, ha sido en favor de los más pobres, de los más miserables, de los más culpables.

Ha sido *paciente*, sufriendo, sin dejar escapar ninguna amarga queja, la rusticidad de los Apóstoles y la perfidia de Judas, la traición de san Pedro y las persecuciones de los fariseos.

Ha sido *benigna y afable*, acogiendo á todo el mundo con bondad, llegando hasta dar el título de amigo á un traidor que le entrega á los verdugos.....

Ved, dice un piadoso autor, ved la sonrisa y la expresión del rostro de Jesús; escuchad las palabras y el sonido de su voz; considerad su aspecto, su actitud, todo el porte de su persona: ¿puede imaginarse cosa más amable, más graciosa, más dulce?

Y esta caridad es todavía la misma en la santa Eucaristía.

Estudiemos, pues, el corazón de Jesús para amar como Jesús.

III

Cualidades de la abnegación.

Hemos dicho que el objeto de la abnegación es *hacer bien al alma del prójimo*; pero esta palabra es vaga; dice mucho y dice poco; necesita de aclaración, y por eso Jesucristo ha querido que su apóstol san Pablo nos indicara con claridad admirable el carácter de nuestro amor para con el prójimo.

He aquí las palabras del Apóstol:

La caridad es paciente; es benigna; no es envidiosa; no obra con insolencia; no se enva-

nece; no es ambiciosa; no busca su propio interés; no se irrita; no piensa mal; no se alegra de la iniquidad, sino que se goza en la verdad; lo sufre todo, lo cree todo; lo espera todo; lo soporta todo.

Santa Chantal había hecho escribir estas palabras en las paredes de su monasterio; y si alguna vez, en su presencia, faltaba una hermana á la caridad, la enviaba á leer aquel pasaje admirable, que llamaba ella *el espejo del convento*.

Y, efectivamente, es *un espejo* que nos recuerda á todos indistintamente, y en cualquier circunstancia en que podamos encontrarnos, cómo nos debemos portar con nuestro prójimo.

La delicadeza de nuestra salud, el aislamiento por causa de nuestro estado, la flaqueza de nuestras fuerzas, las angustias de nuestro corazón, pueden incapacitarnos para servir al prójimo ó darle limosna; pero podemos ser siempre *afables* al hablarle, *pacientes* en soportar y sufrir sus defectos y aun sus groserías; alegrarnos de su felicidad; siempre podemos *ofrecer* por él nuestras oraciones, nuestros padecimientos, y *asociarnos* con gozo al bien que hace.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber puesto á nuestra disposición, todos los días y á todas horas, los medios de cumplir el mandamiento del *amor al prójimo*, que por sí solo, dice san Juan, puede darnos la seguridad de que amamos á Dios! Si, sí; consolaos y tomad aliento, almas tímidas y pusilánimes, á quienes atormenta la incertidumbre de saber si estáis en paz con Dios; interrogad á vuestro corazón, y

ved si estáis en paz con vuestro prójimo y si amáis sinceramente á las personas con quienes vivís. ¿Es satisfactoria la respuesta de vuestro corazón? Dad gracias á vuestro buen Dios; Dios os dará á *vosotros* la misma respuesta que os dé vuestro corazón cuando le habléis del prójimo.

ARTÍCULO 3.º

Práctica del amor debido al prójimo.

«¡Oh caridad, virtud favorita de Jesucristo!
¡Caridad que manas de su sagrado corazón!
¡Tú que tan expresamente y con tan vivas instancias nos has sido recomendada por el divino Maestro! ¡Tú que eres la señal por donde quiere que todos conozcan á sus discípulos!
¡Amable virtud, verdaderamente digna de las santas esposas del santo de los santos! Tú eres, no solamente el lazo de las comunidades religiosas, sino también quien las congrega y las forma; tú eres su indestructible y solidísimo cimiento y su más firme sostén. ¿Qué sería sin ti un monasterio sino casa de división y discordia, conventículo de personas que viven sin paz, sin armonía, sin amistad y sin orden, entre las cuales habitaría el demonio, y que serían odiosísimas á los ojos de Dios y de los santos? Pero un monasterio en donde tú reinas es morada en donde gozoso habita Jesucristo en medio de sus esposas; es vivienda de ángeles terrestres, que, merced á tus castas dulzuras, empiezan ya á saborear las inefables delicias de